MANUEL MUJICA LAINEZ

Por Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero

El escritor y ensayista Manuel Mujica Lainez nació en Buenos Aires el 11 de septiembre de 1911. Se inició en el periodismo en el diario La Nación *en 1932. Como cronista, viajó a Alemania en el* Graf Zeppelin *en 1935, y a Bolivia, luego de la Guerra del Chaco. En 1940, el Ministerio de Relaciones Exteriores lo designó, en calidad de periodista, para integrar una misión económica en el Japón. Años después, escribió en el mismo matutino sus críticas de arte. En 1949 publicó* Aquí vivieron *y, al año siguiente,* Misteriosa Buenos Aires. *En 1951 fue candidato a diputado por el Partido Demócrata. Agudo e irónico cronista de la clase alta argentina, sus novelas reflexionan sobre el recorrido desde un mítico pasado señorial hasta la decadencia producida por la industrialización y los embates de las nuevas clases dirigentes. En los años cincuenta publicó* Los ídolos, La casa, Los viajeros, Invitados a El Paraíso, *y en 1962, su novela* Bomarzo *que, cinco años después, se convertiría en el libreto de la ópera homónima, con música de Alberto Ginastera, que se estrenó en Estados Unidos, y fue prohibida en el Teatro Colón, donde se estrenó recién en 1972. En 1969, jubilado como periodista, se instaló en El Paraíso, en Cruz Chica, Córdoba, donde escribió* El Laberinto *y* El viaje de los siete demonios.

La entrevista se titula "Diálogo con el novelista argentino Manuel Mujica Lainez. El fugitivo de El Paraíso, y fue realizada durante una breve estadía en Buenos Aires, luego de la muerte de su madre, Lucía Lainez de Mujica Farías. En abril de ese año, Mujica Lainez había regresado de un viaje iniciado el año anterior por Siria, Líbano, Chipre, Grecia, París y Madrid. A pesar de lo previsto, en diciembre de 1975, regresó a El Paraíso, donde comenzó a escribir Sergio, *que se publicó al año siguiente. A esta novela le siguieron* Los cisnes, El escarabajo, Un novelista en el Museo del Prado. *En 1978 comenzó la publicación de sus* Obras Completas. *En abril de 1984 realizó su último viaje a Buenos Aires para asistir a la Feria del Libro y recibir la distinción de Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires. Murió en Cruz Chica, Córdoba, el 22 de abril de 1984.*

Enrique Raab fue redactor de Panorama, Confirmado *y jefe de redacción del semanario* Análisis *en 1968. En diciembre de 1973, Raab viajó a Cuba como corresponsal de* La Opinión. *En enero y febrero de 1974 publicó sus notas sobre la situación cubana en ocho crónicas que luego se convirtieron en el libro* Cuba, vida cotidiana y revolución, *que la editorial De La Flor publicó ese mismo año. Fue secuestrado por los militares el 16 de abril de 1977. Su nombre integra la lista de los desaparecidos.*



M U J I C A   L A I N E Z

Entrevistado por Enrique Raab
La Opinión,
19 de octubre de 1975

Así aparece siempre en las fotografías: la mirada fija en la lente del fotógrafo, con la misma insolente firmeza con la que algún figurante miraba al pintor –y así quedó retratado en el lienzo– en la *Muerte de San Buenaventura*, de Francisco Zurbarán. Reto y desafío en ese gesto que disfraza –¿podría ser de otro modo?– una gran timidez. Timidez que surge, a su vez, de modo seductor y casi mágico en las inflexiones premeditadamente ingenuas de algunas de sus frases; en la impostación histriónicamente dubitativa de ciertas afirmaciones: es el *charm of hesitation* (encanto de la vacilación), predicado por el esteta inglés Walter Pater como una de las formas más desarrolladas de la civilización sociables. Ahora, Manuel Mujica Lainez se ajetrea en la reducida *kitchenette* de la calle O'Higgins, preparando con ese mismo *charm of hesitation* dos pocillos de Nescafé. "¿Se hace así, che...? No, seguro que es al revés" –pregunta y se contesta a él mismo, echando primero el agua hirviendo en las tacitas, luego tratando de disolver el café en el líquido humeante. Por supuesto que el procedimiento es el inverso, pero de todos modos esa pequeña, delicada torpeza ha servido para romper el hielo de la conversación.

Porque esa casa de O'Higgins –durante décadas un legendario refugio para reuniones donde se intercambian *boutades*, *calembours* y *bon mots* que nutrían, luego, las secciones más frívolas de los semanarios de noticias– resulta ahora curiosamente desmantelada. Sólo una habitación, de bajos, que da sobre esa ruidosa calle del barrio de Belgrano, sigue reservada para Manucho. "Desde que me mudé al 'Paraíso', en Cruz Chica, Córdoba, esta casa quedó prácticamente levantada... Arriba vive mi hijo Manuel. Al fondo, les he alquilado unas habitaciones a unos arquitectos amigos... Yo me quedé con esto..." El brazo señala, con imperial displicencia, cuatro paredes ornadas con los restos de una pinacoteca famosa: un Soldi recién llegado, uno de los famosos leones de Manucho, de esos leones que él regala como prueba irrefutable de amistad. "Ah, sí... Los leones... ¿Sabés que me encanta dibujarlos?... Pero yo los trabajo con marcador. Y se borran, che... No he logrado aprender la forma de hacerlos durar... Será que quiero hacer cosas efímeras, cosas que el tiempo borre. Que no queden rastros, como querían los etruscos."

Nuevamente esa suave ironía maliciosa, aunque extrañamente desprovista de crueldad. Ahora, cómodamente reclinado en un sillón, las piernas cruzadas como si fuera a quedarse allí toda la vida, pero el cuerpo firme, controlado: el gesto de aparente molicie disfrazando, aquí también, un permanente, tenso control de los gestos. La seguridad de una clase se traduce, inequívocamente, en ese manipuleo sin fallas del propio cuerpo. Como los actores, para quienes la técnica ha pasado a ser un dúctil instrumento, Manucho deja que sus manos vuelen, que sus piernas se crucen y se desperecen, mientras el rostro impasible sigue fijo mirándole los ojos al interlocutor, como aquel otro rostro español fijado por Zurbarán.

MANUEL MUJICA LAINEZ: –Sí, no sé qué hacer... La muerte de mi madre me hace sentirme un poco perdido en ese enorme caserón que es "El Paraíso"... Son muchas piezas, mucho espacio... Me siento bastante solo, allí. Seis años hice esa experiencia de soledad... Pero ahora, tengo ganas de volver a Buenos Aires, de mezclarme otra vez con la gente... No sé, estoy un poco desorientado.

Durante un año y medio, Manucho estuvo ausente de la Argentina. Apenas asumido el gobierno de Héctor J. Cámpora, en mayo de 1973, hizo sus valijas, invitó a un amigo cordobés a que lo acompañara y se embarcó en un carguero griego, rumbo al Pireo.

MML: –Me preguntás por qué me fui... Bueno... Era un poco la despedida de los viajes, ¿no? Porque ahora ¿quién podría costearse un traslado de ésos? Grecia... Primero, tengo que decirte que elegí ese lugar porque me siento cómodo... Me gusta el clima, el cielo, la gente... Además, ese carguero es propiedad de una amiga, una viejísima señora griega, y forzosamente, si quiero viajar gratis, tengo que ir al Pireo. Si vos me conseguís alguna otra señora que sea dueña de barcos que van a Marsella o a Indianápolis, bueno... Encantado, iría a Marsella o a Indianápolis.

Ha comenzado el momento de la malicia. El imposible Nescafé que no terminó de disolverse en la taza ha sido dejado sobre la mesa, como un atributo ya innecesario para la conversación. Difícil no percibir que esa malicia traduce, en el fondo, las ganas de ser travieso de un hombre esencialmente feliz. Por eso –repentina revelación que uno siente en ese cuarto a medias habitado, a medias despojado de la calle O'Higgins– la literatura de Manucho fluctúa entre la serenidad y el mamotreto. Por un lado, la contemplativa belleza, la resignación nada trágica sino bucólica de las inolvidables páginas de *La casa*. Por el otro, los vanos esfuerzos por acceder a la tragedia, la hinchazón pedante y libresca de *Bomarzo*. ¿Por qué Manucho –la pregunta se hace inevitable– ha sentido la necesidad de pintar la tragedia, de mortificarse con palabras y más palabras en busca de un sentimiento ajeno a su propia, íntegra, ineludible felicidad?

MML: –Yo siempre he sido un hombre optimista. He creído, sigo creyendo, que todo iría a terminar bien. Buenos Aires... Ahora, cuando volví en abril, he visto la ciudad desde el puerto... El carguero iba entrando lentamente a la dársena y, ¿sabés?, todo me pareció una maravilla. Era una mañana de sol, las casas, los rascacielos relumbraban detrás del Sheraton. Me sentí feliz de volver, de estar aquí de nuevo... Luego, ya pasada la aduana, tuve como un sentimiento desagradable... En el puerto mismo vi a un camionero y de repente, al lado suyo, bajaron cuatro muchachos de un automóvil y lo amenazaron con sus ametralladoras. Me desconcertó esa violencia. Le pregunté a mi hijo Diego qué era eso. Y me dijo: "Pero, papá... Eso ocurre acá todos los días... No te alarmes..." Le hice caso. No pregunté más.

Con la seguridad de quien divide los tonos de voz entre temas dolorosos y temas frívolos, Manucho se ha puesto serio. Pero todavía queda, buscando su válvula de escape, mucha malicia programada para el encuentro. Buen administrador, Manucho la prodiga en el relato de sus andanzas por Europa.

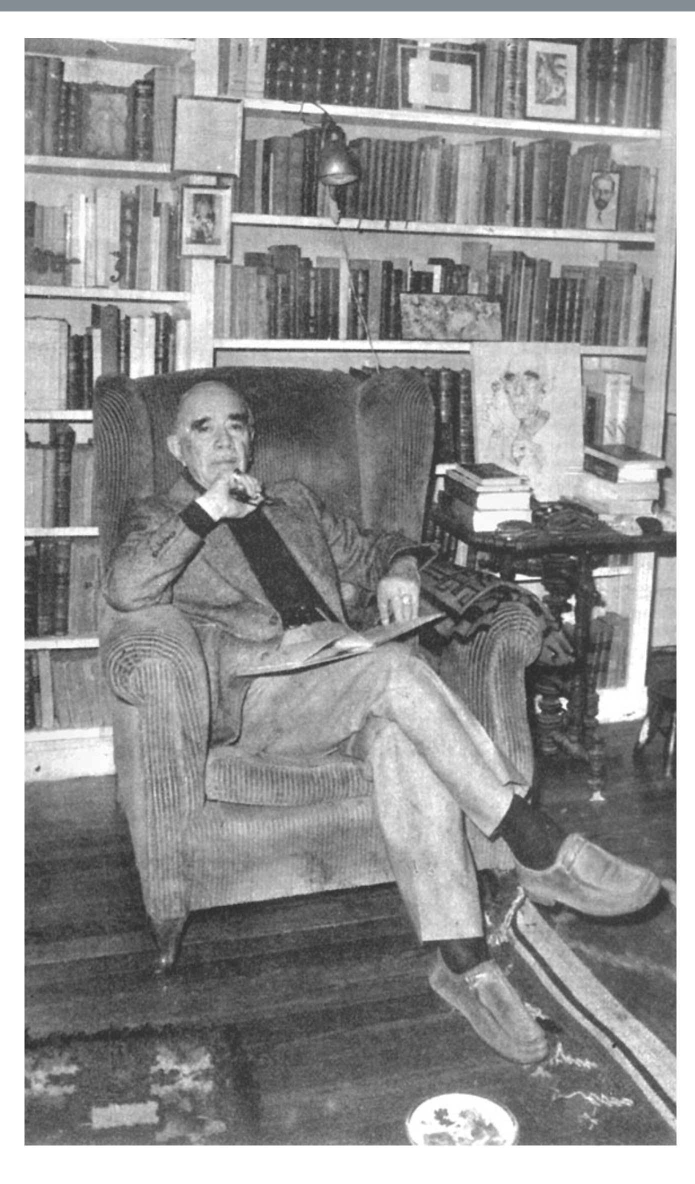
MML: –En Grecia vivía en la casa de José Rosa, el historiador. ¿Sabés que Pepe es el embajador argentino? Fue gentilísimo... Además, él es rosista y peronista... Yo, ni lo uno ni lo otro. Cuando acepté hospedarme en la embajada, quedamos de acuerdo en que nunca, ¿me entendés?, nunca hablaríamos ni de Rosas ni de Perón... Y cumplimos el pacto. Claro, en Atenas es más fácil. Hay tantas cosas de qué hablar... Después, en Venecia, vivimos –siempre con este amigo cordobés– en el departamento de nuestro cónsul, Abel Paretini Posse... Abel sacó una vez el tercer premio nacional de literatura por una novela notabilísima, *La boca del tigre*, donde cuenta la vida de los diplomáticos en la Unión Soviética. Su departamento está en un *palazzo* que da sobre el Gran Canal. Fue la casa –no sé si la conocerás– donde Josefina Beauharnais se reunió con el general Bonaparte, cuando éste hacía la campaña de Italia. Faltan algunas estatuas... Claro, Josefina, como buena francesa, se llevó algunos Canova a París... ¿Viste esa manía que tienen los franceses de llevarse las cosas ajenas? Un tenedor en una cena, la toalla en un hotel... Josefina tenía la manía de las estatuas.

Este Manucho, el de la malicia verbal que puede bordear el delirio, coincide ya con su imagen pública. Las manos siguen marcando, parcamente, algunos recovecos irónicos perdidos entre las palabras, pero el control del cuerpo sigue tan perfecto como siempre. El torso está enhiesto, recostado pero no abandonado sobre el respaldo del sillón; las piernas siguen cruzadas. Sólo el brillo de los ojos prenuncia la alegría desenfrenada de lo que ahora va a contar.

MML: –Y después, España... ¿Qué te diré? En Madrid se me acabó el dinero y yo no quería pedirlo a Buenos Aires. Entonces me sinceré con los españoles. Les dije que estaba sin un peso, que patatín y que patatán. Me ofrecieron pronunciar unas conferencias, pero yo no soy como Borges, ¿viste?, que es un verdadero industrial de la conferencia. El otro día, de paso, hablé con él y me dijo que viajaría a Estados Unidos, pero que tenía que estar de regreso el 8 de octubre, para dar una conferencia en Van Riel. Me causó tanta gracia que alguien tuviese que volver de Nueva York para estar en Van Riel. Bueno, de todos modos, yo soy muy perezoso y entonces les dije a los españoles: "Conferencias, no. No puedo. Pero si ustedes me consiguen alguno de mis libros, puedo leer mis propios cuentos". Así fue: de algún lado salió un ejemplar de *Misteriosa Buenos Aires* y me mandaron a Granada, a Sevilla, a Jaén, por toda Andalucía, a leer esos cuentos de veinticinco años atrás.

Si a Manucho le causa mucha gracia esta travesura cultural, es evidente que todavía queda alguna malicia reservada para su memorial hispánico. En efecto:

MML: –Y luego, el acoso de los amigos... Cuando murió Perón había que explicar a cada rato cómo era posible que esta señora lo sucediese... Querían saber detalles y más detalles... Claro, para los extranjeros, sobre todo para los periodistas, la señora es un personaje espléndido... Con ese pasado tan particular... Y yo qué iba a explicar si no entendía nada... Mirá, cada vez que me preguntaban por la señora, o por López Rega, me las ingeniaba para cambiar de conversación. Y así llegamos a fin de año de 1974. Solos en Madrid, sin saber dónde pasar la fiesta de fin de año. Hasta que nos encontramos con otro muchacho argentino, también solitario, a quien le habían contado que los españoles solían recibir el año en el teatro. "¿En el teatro? –pregunté–. ¿Cómo en el teatro?" Y me contestaron que sí. Entonces lo llamé a Luis Escobar, amigo mío y dueño del teatro Eslava, y le pedí un palco. No lo vas a creer. Llegamos, eran como las diez de la noche del 31 de diciembre, y el acomodador nos recibió con un paquete de serpentinas, un antifaz, una botellita de champán caliente y un vasito de plástico. Comenzó la obra... Era un drama, muy malo. No me acuerdo de qué trataba... De golpe, suena un gong. Miré el reloj y eran las doce. Entonces, los actores interrumpen el espectáculo, comienzan a intercambiar serpentinas con el público, se abrazan, se besan, gritan... Tanto en el escenario como en la platea se descorchan las botellas de champán.



Gran jolgorio, gritos, pitos. Quince o veinte minutos después, no me acuerdo bien, vuelve a sonar el gong. Entonces los actores se vuelven a poner serios, el público también. Aparece, como por arte de magia, una escoba y se barren las serpentinas. En medio de un silencio mortal, como si nada hubiese sucedido, el drama continúa. ¿No te parece una maravilla?

Vieja obsesión de Manucho, la de la doble representación en el teatro y en la vida. O bien, con más coherencia, la vida vista como un espectáculo que primero hay que protagonizar para luego, al final de la representación, desentrañar su significado. Por eso, también, esa negación casi infantil por participar en la hechura de su propio futuro: el futuro, incógnita misteriosa e indescifrable que alguien, algún Poder, nos tiene reservado sin que podamos participar con ningún acto, con ninguna decisión personal, en determinar el cariz que tendrá. Suave resignación de una clase, quizá, que está renunciando lentamente a forjarse un futuro y lo pone en manos de magos, augures, astrólogos y videntes.

MML: –Sí, cada vez estoy más supersticioso... Me preguntás si no me interesa "el destino y el futuro de la Patria". *(Voz solemne y engolada, que intenta satirizar sin maldad una pregunta formulada de otro modo.)* Claro que me interesa... Pero, ¿quién sabe lo que va a pasar? ¿Quién es capaz de hacer un análisis lúcido? El otro día le pregunté a mi hijo Diego... Me habló durante media hora y no entendí nada. Por suerte, ahora, desde que vine a Buenos Aires, me han dejado en paz... Que la señora vuelve, que no vuelve... Para qué hablar de cosas que no se saben. Lo que sí sé es que dejaré Córdoba para instalarme otra vez aquí... Consulté el otro día a un vidente buenísimo *(y la voz, ponderativa, convence como si estuviera recomendando a un cirujano de primera categoría)* y por todos lados sale la mudanza...

Manucho otra vez en Buenos Aires: nuevamente, quizá, los cumpleaños famosos, las reuniones dominicales de la confitería Apolo, en Cabildo y Federico Lacroze, con esas profusas y promiscuas cortes juveniles que son, en el fondo, comparsas decorativas para resaltar la propia majestad. O quizá no: quizá el sentimiento mayestático se haya diluido con los años –sus sesenta y cinco serán cumplidos el próximo 11 de noviembre– y aflore, detrás del rol asumido, detrás de esa pesada tarea de llevar adelante un personaje, la carnadura de un hombre bondadoso, fundamentalmente hedonista, que suele perderse, de tanto en tanto, en fascinaciones inútiles por tragedias imaginarias. Los delirios librescos, vanos, de *Bomarzo* y de los unicornios quizá cedan ahora ante la clarividencia de la edad. Pero para Manucho, el dilema no está resuelto. La acromegalia, el espejismo de los destinos grandilocuentes y acartonados siguen rondando, como una posibilidad pérfida, en torno de la sensibilidad de este hombre básicamente feliz.

MML: –Ya sé... Hay quienes me reprochan el *Bomarzo*... Y me dicen: "¿Por qué no escribís otra cosa parecida a *La casa*?". Estoy fatigado de que me hagan la misma pregunta. Yo no puedo escribir ni otra casa, ni otra casita, ni otra villa, ni otro chalet... Lo pasado está pasado... Tengo que empezar a buscar de nuevo... Mirá... En España, poco antes de volver, yo estaba bastante seguro de cuál podría ser mi próximo trabajo. Era una novela sobre Carlos II, el Hechizado *(el terror ante la posibilidad de una nueva bomarziada debe haber sido percibido por Manucho porque de inmediato rectifica)* No... No la voy a hacer... Para documentarme, he pedido a los españoles que me manden una biografía del monarca y mira, llegó pero me doy cuenta que por un error de encuadernación tiene más de cuarenta páginas en blanco. Para mí es un signo de que no lo debo hacer... ¿Sabés lo que me gustaría? Contar un baile... Sí, un baile... Vos no sabés, porque sos demasiado joven... Esos bailes, en 1932 o 1933, eran toda una historia... Primero, la familia que los programaba, siempre para diciembre... Luego, la confección de la lista de invitados... Las intrigas que había. Las averiguaciones secretas sobre quién sería invitado y quién no... Había un verdadero servicio secreto de espionaje... Después, poco antes del baile, la familia hacía cercar la casa para estar segura de que nadie que no estuviese invitado pudiese acercarse más de lo aconsejable... Y luego, la última semana, las visitas al famoso peluquero, monsieur Moussillon... Ese que era mufa... Las niñas tenían que ir a su salón de *coiffeur*, porque era el mejor, pero había que evitar mirarle a la cara, porque traía desgracia. ¿Te imaginarás el sufrimiento? Estar sentadas, una o dos horas, mientras Moussillon les moldeaba la cabeza y no arriesgar ni siquiera una miradita al espejo, por temor a lo que pudiese pasar... Yo mismo fui a uno de esos bailes, allá por 1933. Había llegado a Buenos Aires un famoso botánico inglés, un sir no sé cuánto... Descubrí que su mujer –ambos eran muy viejos– había sido en su juventud una famosa actriz shakespeareana. Entonces la visité con cierta asiduidad. Me acuerdo que un día vi, pegada en el espejo, una invitación cursada a ese matrimonio para ir a un baile. Ellos sugirieron que los acompañase... Acepté, encantado: nunca hubiera pensado que me tocaría participar de ese baile. Fui, entré del brazo de la vieja inglesa. Me acuerdo de las mofas, las burlas de los muchachos que no podían comprender mi actitud. Sufrí mucho... Para mí, aquello era una forma de felicidad... Por eso, quisiera contar uno de esos bailes. Claro, es mucho trabajo: habría que documentarse, buscar una intriga. Pero, no sé... Creo que es un tema... ¿O te parece un mamarracho?

No; el baile no es un mamarracho. Esa fascinación por el rito social debe ser la misma que Manucho describe, con transparente alegría, en su biografía de Estanislao del Campo.

MML: –Sí, un baile... Creo que eso es lo que voy a elegir... Ahora no los hay más, pero a mí me gustaban. Estar con la gente, verlos bailar, olvidarse de todo... Entrar a esa casa donde todo parecía seguro, tan seguro, tan a salvo de todo, tan protegido de los desastres de afuera. Te puede parecer ridículo, pero esa historia de la señora que dice que si viene el comunismo se va a la estancia, no es un disparate... Claro, tiene su fondo de verdad. Quisiera escribir sobre ese baile y luego, volverme más y más místico... ¿Renunciar ya mismo a los placeres...? No, todavía no... ¡Dadme tiempo... dadme tiempo... Dejadme beber un poco más del cáliz de la vida!

No se sabe por dónde reapareció, pero la malicia se adueña nuevamente de la conversación, la ironía apunta otra vez sus dardos. También algún leve resentimiento: la sensación de saberse relegado.

MML: –Yo soy un escritor póstumo... ¡Cómo se van a ocupar de mí después de muerto...! Mirá, a Borges lo filman a cada instante. Todo el mundo habla de él. Nunca, en cambio, se han interesado por una novela mía. Sí, una sola vez. Hará unos veinte años, la gente de los estudios Mapol me compró *Aquí vivieron*... Después, esa empresa se fundió... Aunque creo que si filmasen una película sobre un libro mío, pediría una aclaración explícita en los títulos de que yo no tuve nada que ver con la adaptación... ¿Que Borges no impone tantas condiciones, me decías? Pero m'hijito... Borges es ciego y no ve lo que hacen con sus libros... Yo, en cambio, a esas películas las tendría que ver...

Cuatro cuadras desde la calle O'Higgins hasta la estación ferroviaria de la barranca. Recompuesta la imagen del caballero de Zurbarán, el bastón displicentemente manipulado, el rostro firme con el bigote ya canoso, Manucho respira a sus anchas el aire primaveral de Belgrano. "¿Ves? –dice señalando a la gente que lo mira pasar, fijándose confusamente en esa imagen conocida pero, para la mayoría, inidentificable–. Esto es lo que extraño allá en Córdoba, en El Paraíso. Quiero salir a la calle y ver gente... Para mí, la soledad no es buena. Lo comprendí después de seis años de haberla experimentado. Son errores, pero siempre se los puede rectificar. Como por ejemplo, las ingenuidades que uno comete. ¿Te acordás...? Cuando vino la Libertadora, en el '55, me nombraron director de Relaciones Culturales de la Cancillería. Apenas me hice cargo, vi todos esos corredores llenos de ejemplares de *La razón de mi vida*... Los había en ídish, en húngaro, en árabe, qué sé yo... Los mandé quemar, creyendo que así destruía el Mal... Como si quemando algo se lo pudiera destruir... Entonces no lo entendía, porque era un ingenuo... Ahora veo claro que nadie puede quemar lo inevitable, lo que uno no comprende. Aquello que quizá no sea sino una parte ignota de la verdad."

Sylvia Saítta y Luis Alberto Romero, *Grandes entrevistas de la Historia Argentina (1879-1988)*, Buenos Aires, Punto de Lectura, 2002.

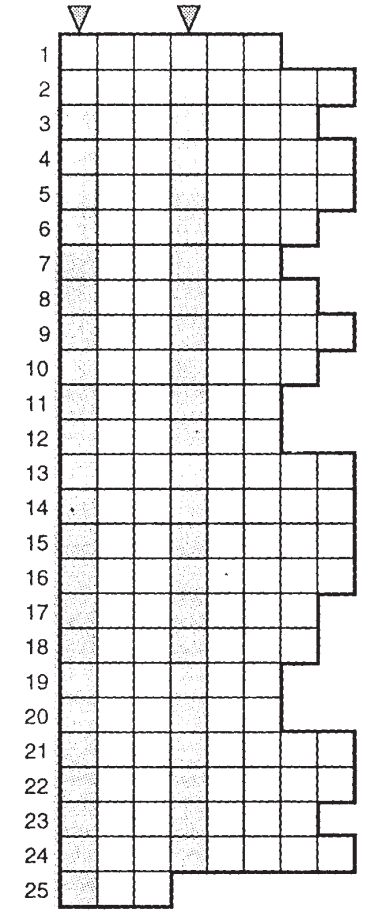
"Se ha hecho todo lo posible para localizar a todos los derechohabientes de los reportajes incluidos en este volumen. Queremos agradecer a todos los diarios, revistas y periodistas que han autorizado aquellos textos de los cuales declararon ser propietarios, así como también a todos los que de una forma u otra colaboraron y facilitaron la realización de esta obra."

ACROSTICO

Anote las palabras definidas en el diagrama, a razón de una letra por casilla. Al terminar, en las columnas destacadas con flechas quedará formada una frase. Como ayuda, damos la lista de sílabas que componen las palabras.

DEFINICIONES

1. (Thomas Alva) Inventor.
2. Acción de probar o beber un licor.
3. Situación patrimonial de quedar sin solvencia.
4. Usar, emplear.
5. Trato ceremonioso.
6. Ignorante, analfabeto.
7. Agitar, mover.
8. Encolerizar, exasperar.
9. Acabar, finalizar.
10. (José Gervasio) Caudillo de la independencia uruguaya.
11. Persona que lee.
12. Adorno, atavío.
13. Marca de cigarrillos.
14. Resuelto, atrevido.
15. Oriundo de Lombardía.
16. Ondeante, sinuoso.
17. Pan tostado y mojado en aceite.
18. Derivado, surgido.
19. Grasiento.
20. Quité el brillo.
21. Fortificación, bastión.
22. Miedoso, cobarde.
23. Sabio, versado.
24. Herida de arma blanca.
25. Todavía.



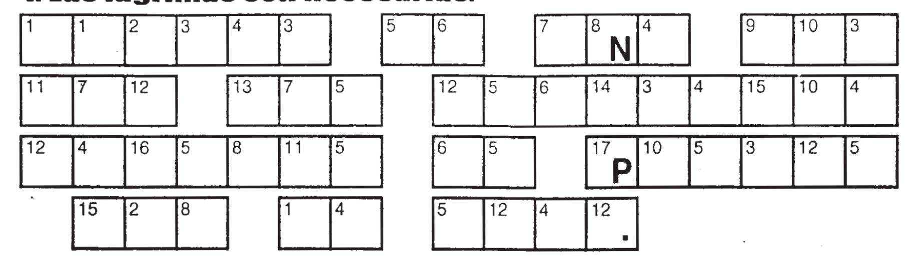
SÍLABAS

a, a, Ar, ar, ba, ba, bar, bo, bo, bra, ción, cul, da, di, di, do, do, do, do, du, E, e, e, e, gas, i, in, ja, la, la, lec, li, li, lom, luar, ma, Marl, me, me, mi, na, na, nar, ne, ña, o, on, or, pa, pe, pu, que, que, quie, ro, ro, rri, rro, ru, se, so, so, so, son, ta, tar, te, te, ter, ti, ti, ti, to, to, to, tón, tor, u, ún, zar.

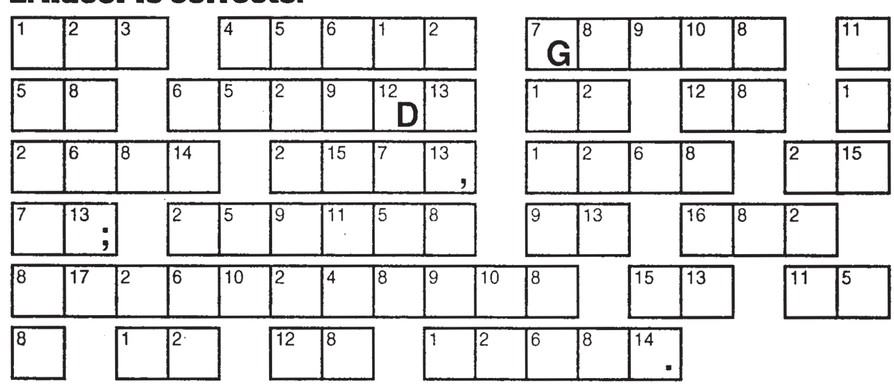
CRIPTOFRASES

Cada uno de los siguientes esquemas esconde una frase. Complételos sabiendo que casillas de igual número llevan la misma letra. Cada frase tiene una clave diferente.

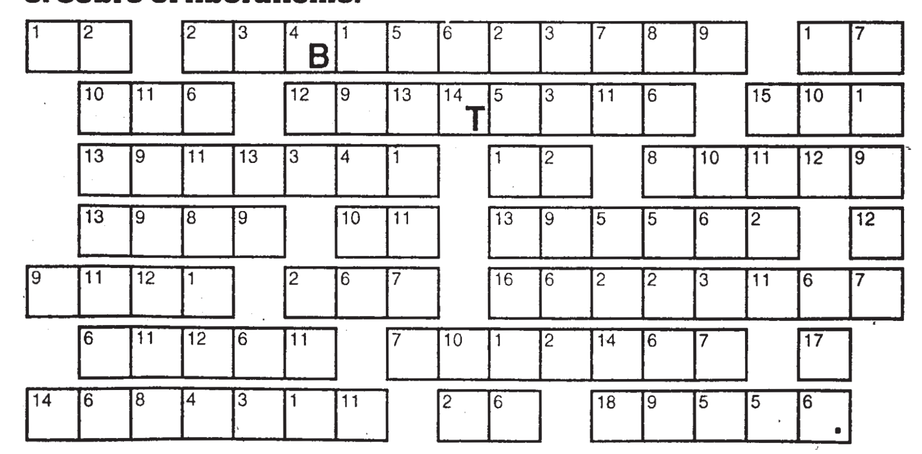
1. Las lágrimas son necesarias.



2. Hacer lo correcto.

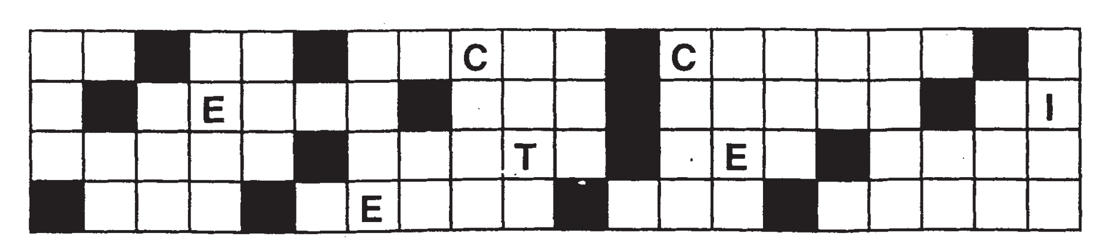


3. Sobre el liberalismo.



FRASES POR GOTEO

El esquema superior lleva una frase desarmada. Reconstrúyala en el esquema inferior teniendo en cuenta que las letras deben caer en la misma columna, donde están.



SOLUCIONES

ACROSTICO

1. EDISON / 2. LIBACIÓN / 3. QUIEBRA / 4. UTILIZAR / 5. ETIQUETA / 6. INCULTO / 7. MENEAR / 8. IRRITAR / 9. TERMINAR / 10. ARTIGAS / 11. LECTOR / 12. ORNATO / 13. MARLBORO / 14. ARROJADO / 15. LOMBARDO / 16. ONDULADO / 17. SOPETÓN / 18. EMANADO / 19. SEBOSO / 20. OPAQUÉ / 21. BALUARTE / 22. TEMEROSO / 23. ERUDITO / 24. PUÑALADA / 25. AÚN.

"El que imita lo malo se sobrepasa, el que imita lo bueno, queda." Francesco Guicciardini

FRASES POR GOTEO

"En tu lucha contra el resto del mundo, siempre ponte del lado del resto del mundo." Franz Kafka

CRIPTOFRASES

"Llorar es una virtud que desgraciadamente se pierde con la edad." Victor Wan Kenobi

"Hay mucha gente que cuando ha de hacer algo, hace algo; aunque no sea exactamente lo que ha de hacer." Noel Clarasó

"El liberalismo es una doctrina que concibe el mundo como un corral donde las gallinas andan sueltas y también la zorra." João Mello Neto